

La hija del embajador

MUESTRA GRATUÍTA  
PRIMERA PARTE

Albert Sabater Pla

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor.  
Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales.  
Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir en esta obra de ficción.  
Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción.  
Nº registro SafeCreative 1804256673099

A mis padres y a mi hermana,  
sin los cuales Estrada no resolvería igual sus casos.

## CAPITULO PRIMERO

## I

El calor de aquel verano era insoportable. Tanto que algunas noches apenas se podía conciliar el sueño, y ni siquiera las ventanas abiertas o el viejo aparato de aire acondicionado a pleno rendimiento suavizaban la sensación de bochorno que lo envolvía todo. Pero por fin, después de varios viajes a la cocina en busca de agua fría para intentar aliviar la asfixia nocturna, pudo pegar ojo.

Cuando el irritante sonido del teléfono móvil le despertó, tuvo la sensación de que hacía solo cinco o diez minutos que se había quedado dormido.

- ¿Es el tuyo o el mío?

- Suena en tu lado... – se quejó Alicia.

- Joder... – balbuceó Estrada con la cara pegada a la almohada.

Tanteó sobre la mesilla de noche hasta que dio con el aparato. Apretó el botón de descolgar sin mirar la pantalla y lo acercó a la oreja sin intención de despegarse de la almohada.

- Espero que sea importante – gruñó arrastrando las palabras.

- Capitán Estrada, perdone que le moleste... – se disculpó una voz entrecortada desde el otro lado.

- ¿Qué hora es?

- Son las seis de la mañana, capitán – afirmó la voz temblorosa.

- ¿Y quién me llama a las seis de la mañana?

- Soy... soy Sergio Bosch, del turno de noche. Siento molestarle – volvió a disculparse con timidez.

- ¿Y qué coj...?

- Fermín... – se quejó Alicia desde su almohada.

- Está bien... está bien – dijo incorporándose al fin – ¿Qué pasa? – preguntó pasándose la mano por la cara con la intención de desperezarse.

- Es... ha habido un secuestro, capitán. Parece que es alguien importante y me han ordenado que le llame para que se presente de inmediato en la central.

- ¡Joder! – renegó. ¿De quién es la orden?

- Del teniente coronel nada menos, capitán – afirmó intentando controlar su nerviosismo.

- ¡Coño! – de un brinco se sentó en la cama y empezó a buscar las zapatillas tanteando con los pies – ¿Y dices que no sabes a quien han secuestrado?

- No capitán, pero he oído que el ministro de exteriores ha llamado directamente solicitando su presencia y la de la señorita Alicia Canales – encontró una de las zapatillas y metió el pié.

- Está bien... ya vamos, muchacho...

Colgó el teléfono y lo volvió a dejar sobre la mesilla de noche – se levantó y se colocó la otra zapatilla.

- Alicia, despierta, tenemos que ir a la central. Ha habido un secuestro – encendió la luz de la habitación.

- Los hay cada día.. ¿por qué tengo que ir yo? El equipo de noche es muy capaz de resolver estos casos – se quejó abrazando la almohada con fuerza.

- Las órdenes requieren la presencia de los dos. Vienen de muy arriba.

- ¿De quién?

- De Sánchez. Y a él le ha llamado el ministro de exteriores.

- ¡Sopla! – exclamó poniéndose en pie de un salto.

- Tiene que ser algo gordo para que el ministro haya llamado...

Menudo día me espera.... ¡Cojones...! – se quejó haciendo una mueca. Alicia entró en el baño de la habitación y se metió en la ducha. Estrada bajó a la planta baja, donde estaba la cocina, para preparar el desayuno mientras Alicia se duchaba. La actividad de la casa se volvió frenética en cuestión de segundos.

Una hora mas tarde, alrededor de las siete y media, Fermín Estrada, un hombre alto y delgado, de aspecto atlético, que rondaba los cincuenta años, esperaba junto a su vehículo a que Alicia saliera para ir a la central de la policía, en Barcelona.

- ¡Alicia! – vociferó para que saliera.

Estrada vestía unos pantalones negros, una camisa azul claro y una corbata a juego. Abrió la portezuela trasera del coche y dejó la

americana sobre el asiento para que no se arrugara. Volvió a cerrarla y se sentó en el sitio del conductor. A aquella hora la temperatura aún era soportable, pero el día se preveía caluroso como había sido la noche.

- Vamos – dijo Alicia al abrir la puerta del acompañante.

- Estás muy elegante – reconoció al verla.

Aquel pantalón negro y la blusa blanca con finas rayas grises realzaban aún más, si cabe, su belleza y delgada figura.

Apartó un mechón de su larga melena negra rizada y se sentó a su lado mostrando una amplia sonrisa.

Alicia estaba más que acostumbrada al peculiar carácter de Estrada. Hasta cierto punto le divertía, aunque intentaba no demostrarlo, por lo menos delante de los demás. Sin duda, su manera de ser era una de las cosas que había conseguido que se enamorara de él.

El viaje hasta la central duró una media hora. Aquel día fueron por los túneles que atravesaban la montaña de Collserola, sierra que rodea parcialmente Barcelona. La implicación del ministro y la petición expresa del teniente coronel de su presencia urgente, lo merecían. Aparcó en la plaza que tenía reservada en el sótano del edificio de la antigua central de la compañía de teléfonos, y que ahora ocupaba la central de policía y subieron directamente a la última planta.

- Buenos días, capitán. Buenos días Alicia – saludó Victoria Sardá desde el mostrador, atropellando las palabras de forma nerviosa como tenía por costumbre.

- ¿Qué haces aquí a estas horas? – preguntó sarcásticamente Estrada.

- Cada día entro a esta hora, capi – aseguró inocentemente con una amplia sonrisa.

Victoria Sardá era una mujer de carácter alegre y vivaracho. Rondaba los treinta, era bajita, un poco llenita, y solía llevar diferentes gafas de divertidos diseños y colores llamativos, igual que el tinte de su pelo, que solía ser de colores vistosos que no pasaban desapercibidos.

La mesa de su despacho, en el departamento del laboratorio tecnológico, solía estar llena de caramelos, algún que otro bollo y frutos secos que solía devorar a lo largo del día, a pesar de que su endocrino, le había recomendado no hacerlo.

- Déjala tranquila, Fermín – recriminó Alicia dándole un codazo – No le hagas caso, Vicki, ya le conoces... – La muchacha miró arriba y resopló de forma graciosa – ¿Ha llegado alguien? – añadió.

- Si, hace media hora ha llegado el “Teco” y diez minutos más tarde el señor ministro.

- ¡Joder! – renegó Estrada mientras se arreglaba la corbata.  
- ¿Sabes algo?  
- Nada, capi... No han soltado prenda...  
- ¿Ni quien es? ¿O.... Algo? – insistió intrigado.  
- Nada de nada, capi... – aseguró arreglándose las gafas rojas que llevaba aquel día.

- Vamos, no les hagamos esperar. ¿Dónde están, Vicki? – Preguntó Alicia.

- En la sala de juntas.

Aceleraron el paso a través del largo pasillo enmoquetado hasta detenerse frente la puerta. Estrada tocó dos veces con determinación. Se puso la americana con rapidez y esperó impaciente.

- ¡Pasen! – gritaron desde dentro.

Abrió la puerta y dejó que Alicia entrara primero.

Los dos hombres esperaban sentados frente una gran mesa ovalada de caoba. Y al parecer hacía rato, por la actitud de impaciencia que mostraban.

- Buenos días, señor teniente coronel. Señor ministro – saludó Alicia con educación.

- Buenos días Alicia, querida. Capitán Estrada, por favor... pasen y siéntense – pidió el Teniente Coronel con amabilidad y una amplia sonrisa.

- Gracias, teniente coronel. Señor ministro – el ministro de asuntos exteriores no dijo nada, se limitó a hacer un gesto a modo de saludo con la cabeza sin mover ni un solo músculo de la cara. Se sentaron envueltos por un silencio sepulcral roto solamente por el inevitable ruido de las sillas al sentarse.

- Lo que ahora voy a contarles es información reservada, por lo menos por el momento. ¿Queda claro? – dijo levantando las cejas emblanquecidas por la edad.

- Naturalmente Juan, sabes que puedes confiar en nosotros. – Aseguró Estrada espontáneamente.

- Lo sé – hizo una pequeña pausa – el señor ministro ha solicitado que lleves tú personalmente este caso – el hombre asintió en silencio con el semblante completamente rígido, casi petrificado – se trata de un tema delicado... Bueno, creo que es mejor que te exponga él mismo el problema.

- Gracias, teniente coronel Sánchez. Como bien ha dicho usted, se trata de un tema un poco delicado. Conozco su trayectoria, capitán Estrada y sé que si hay alguien capaz de resolver este embrollo, ese solo puede ser usted – aseguró señalándole con el dedo índice.



- Le agradezco los cumplidos, pero no es usted mi tipo, señor ministro... – bromeó con sarcasmo intentando parecer gracioso.

- ¡Estrada! – gimió el teniente coronel por lo bajo.

-Tranquilo, conozco el carácter del capitán Estrada – mostró media sonrisa y tomó un poco de agua del vaso que tenía enfrente – Como le iba diciendo, el tema es un poco delicado. Ha sido secuestrada la hija del embajador de la república de Perú en Barcelona, con quien mantengo una amistad personal desde hace muchos años. El señor Palacios perdió a su esposa cuando su hija nació, de hecho falleció en el parto. En aquel momento, yo estaba destinado en nuestra embajada en Lima y él era el ministro de asuntos exteriores... ¡Que ironía! La misma situación que ahora pero al revés – dijo un tanto emocionado por el recuerdo. A pesar de ello, su cara continuaba estática.

Durante las pausas que hacía el ministro al contar la historia, el silencio era absoluto. Nadie se atrevía a decir nada esperando a que continuara.

Intentó sin éxito recolocarse el puntiagudo flequillo canoso que casi de inmediato volvió a quedar como estaba y continuó el relato – Hacía poco que a mi esposa le había arrebatado la vida un cáncer de mama, y lo cierto es que quizás, con este drama como punto de unión, entablamos una amistad. Marisa no me pudo dar un hijo. Cuando planeamos tenerlos fue cuando le diagnosticaron la enfermedad, y decidimos aplazarlo hasta que terminara el tratamiento de quimioterapia. Un tratamiento que por desgracia nunca terminó, ya que la muerte la sorprendió antes.

De nuevo, el silencio absoluto se apoderó de la sala de juntas hasta que Estrada empezó a hablar.

- Lo lamento, señor ministro. Mi esposa, me refiero a la madre de mi hija, Alicia es mi segunda esposa – aclaró – también murió prematuramente.

- Lo sé, capitán Estrada. Conozco su trayectoria. Al fin y al cabo, ¿Quién no conoce al capitán Estrada?

- La gente tiende a exagerar las cosas, señor ministro – dijo quitándose importancia.

- Por favor, llámeme Ernesto.

- De acuerdo, Ernesto. Y dígame, ¿Esa niña es la típica malcriada?

- ¡Fermín! – exclamó Alicia tras propinarle un codazo.

- Tranquila, señorita Canales – dijo tras esbozar una nueva media sonrisa.

- Bueno... yo quiero decir... que si es de esas chicas a las que su padre le lo permite todo ante la falta de la figura materna... Yo también

tuve que educar a mi hija solo y sé por experiencia lo complicado que nos resulta a nosotros criar a una hija sin una madre...

- Tiene usted razón, Estrada... – levantó la mano intentando quitarle importancia a la forma en que se había expresado – entiendo su pregunta, y la respuesta es no. No es una niña malcriada, como usted dice. Marisa es una niña muy educada, va a uno de los mejores colegios de Barcelona, igual que cuando vivían en Lima. Toma clases de violín, danza, habla cuatro idiomas... aprendió catalán en solo seis meses... es una chica muy inteligente, siempre saca las mejores notas...

- Bueno, señor ministro... Don Ernesto... usted sabe que a veces... detrás de la fachada de buena estudiante, incluso de familia perfecta, pueden esconderse otras cosas.

- Capitán Estrada... puedo asegurarle que ese no es el caso. Marisa es una niña excepcional. Doy fe de ello – respondió en un tono prácticamente plano.

- ¿Cómo puede estar tan seguro? A veces las apariencias engañan.

- Ya le he dicho que mantengo una relación muy estrecha con la familia. A demás soy el padrino de la niña. Para mi es como una hija, esa hija que nunca pude tener con mi esposa – afirmó con la mirada perdida en el fondo de la sala.

- Está bien, Ernesto. Entonces, ¿cuál cree que puede ser el móvil del secuestro?

- Con seguridad no lo sabemos, aunque hemos barajado varias hipótesis.

- ¿Y cuáles son? – preguntó jugando con un bolígrafo que sujetaba entre los dedos.

- Bien... como ministro de asuntos exteriores puede haber algún interés internacional, como es lógico, pero sería una venganza un tanto tardía.

- ¿Cuánto hace de aquello?

- Yo creo... unos diez años – dijo intentando recordar.

- Hay perfiles que guardan la venganza durante muchos años. – aseguró Alicia.

- Si, es cierto, pero la verdad es que es algo que descartamos. Durante su gobierno no hubo incidentes de relevancia que pudieran justificar una acción de tal calibre, y menos aún tanto tiempo después, aunque no negamos que el origen pueda ser Perú.

Estrada empezó a dibujar una pequeña casa en una de las esquinas de la hoja en la que había ido tomando notas.

- Entonces, según usted, ¿No hay ninguna razón directa?

- Supongo que debe haberla, no obstante quien mejor puede responder a sus preguntas es el propio embajador.

- Cierto – asintió – Creo que es el momento de ir a hablar con su amigo, Ernesto.

- Estoy de acuerdo, pero antes quisiera pedirle algo.

- Usted dirá – dijo reclinándose en el sillón de piel negra.

- Como ha podido observar, esa niña es algo muy especial para mi. La quiero como si fuera mi propia hija. Le pido que haga todo lo posible por recuperarla.

- Jod... – dijo mirando de reojo a Alicia, temiendo otro codazo. ¡Siempre hago todo lo posible por resolver mis casos! Don Ernesto.

- Lo sé, lo sé... no he querido ofenderle, capitán... solo que... no sé que haría si le ocurriera algo a esa niña – reconoció completamente consternado.

- Señor ministro, estoy segura que Estrada encontrará a Marisa. – dijo Alicia para tranquilizarle.

- Gracias señorita Canales. También quería pedirles discreción. No creo que sea indicado que la prensa esté al corriente, por lo menos de momento. Es algo que he hablado con el teniente coronel y opina que es mejor para la investigación mantener a la prensa alejada. Al menos por ahora – el teniente coronel Juan Sánchez asintió en silencio. El ministro se puso en pie, y tras él los demás.

→ FIN DE LA MUESTRA GRATUÍTA ←

SI QUIERES PUEDES DESCARGARTE LA SEGUNDA PARTE O ADQUIRIR UN EJEMPLAR COMPLETO DEL LIBRO EN [WWW.SABATERPLA.CAT](http://WWW.SABATERPLA.CAT)